

EL BIPARTIDISMO COMO ENCUBRIDOR DE LA VENGANZA DE LA SANGRE

La violencia en zonas rurales andinas

MARIA VICTORIA URIBE

Antropóloga

Universidad de los Andes

Investigadora CINEP

Si penetramos el discurso bipartidista y profundizamos un poco en las motivaciones de índole veredal, familiar o grupal que orientan esa confrontación intraclasista que conocemos con el nombre genérico de La Violencia, encontraremos que, en muchas ocasiones, el modelo de análisis que ve en esta guerra la manifestación de la lucha de clases en el campo, o la lucha por el poder de los sectores campesinos organizados, no funciona. Este campesinado analfabeto, para utilizar una categoría abstracta que poco nos dice de sus actores reales, se vio abocado; en extensas zonas del área andina colombiana, y por factores económicos, sociales y culturales, a una confrontación interna crítica, bajo la forma de bandolerismo.

Son varias las preguntas que surgen de la lectura de los expedientes judiciales de la época. Pero hay una en especial que quisiera formular porque es la que ha orientado buena parte de mi investigación. ¿Por qué una cuadrilla móvil de bandoleros que dicen pertenecer a uno de los partidos políticos, masacra a una familia campesina a la que no conoce y le ha

sido indicada por el "señalador", viola a las mujeres, incinera el rancho y finalmente culmina su acción con un parte de victoria gritando alguna consigna que hace alusión a su partido político? ¿Qué creencias orientan esta acción? ¿En nombre de qué o de quién esta cuadrilla de bandoleros asesina a grupos de individuos iguales o parecidos a ellos mismos, cuya identidad política es la misma o les es desconocida?

Con esta pregunta estoy haciendo referencia a las múltiples ocasiones en que cuadrillas liberales asesinan a liberales y conservadores o hacen caso omiso de la identidad política de sus víctimas.

Si el bipartidismo es encubridor, es necesario despolitizar estas acciones con el objeto de permitir que afloren impulsos y sentimientos de otro orden. Si las masacres de campesinos indefensos no continuaran repitiéndose en el territorio nacional podríamos aceptar el manido argumento que las caracteriza como patologías sociales. Personalmente desconfío de la tiranía de ciertas palabras, capaces de convertirse en conceptos encubridores que encierran los problemas cuando más que nunca tenemos necesidad de abrirlos.

Las masacres y los asesinatos políticos contemporáneos no son los mismos de la época de La Violencia; han cambiado los argumentos que pretenden legitimarlos y han cambiado los escenarios, pero el hecho sigue siendo el mismo: liquidar al adversario político.

Con el objeto de ilustrar el argumento, examinaremos de cerca el bandolerismo bipartidista tolimense que surge con posterioridad a la entrega masiva de guerrilleros liberales durante la amnistía decretada por el general Gustavo Rojas Pinilla en el año 1954, y se desarrolla de manera vertiginosa durante los siguientes años hasta ser virtualmente liquidado por el Ejército Nacional en el año 1964.

Si bien estos diez años nos colocan en una perspectiva de mediana duración en relación con los acontecimientos, el aná-

lisis que nos interesa traerá a colación fenómenos de más larga trayectoria.

Por otra parte, creemos que la realidad nacional no puede entenderse sin el concurso de lo regional, ni lo regional sin el concurso de lo veredal. Estos tres planos se encuentran entretejidos pero, a su vez, guardan una enorme independencia durante el período que nos ocupa. Por ejemplo, ¿qué estaba sucediendo a nivel nacional, entendiendo por nacional aquello que ocurre en la capital y es difundido a través de la radio y la prensa a gran parte del territorio nacional? En lo particular, centraremos el análisis alrededor del tipo de vínculos, valores e imaginarios presentes en los tres niveles.

Desde unos años antes del 9 de abril de 1948, el clima político en que se mueven las élites políticas centrales se encuentra polarizado. La fracción laureanista del Partido Conservador y la gaitanista del Partido Liberal se apartan cada vez más, contraponiendo imágenes emanadas de los discursos de sus respectivos líderes.

Ambas fracciones utilizan un lenguaje sectario y metafórico para referirse al país. El presidente Mariano Ospina Pérez representa la franja moderada del Partido Conservador; su influencia en los sectores rurales es muy tenue, contrario a lo que ocurre con las fracciones extremistas de los partidos, cuya influencia en las zonas rurales es considerable. Hay núcleos gaitanistas beligerantes en casi todos los departamentos de la zona andina, con excepción de Nariño, Cauca y Boyacá. En el Valle del Cauca, el Tolima y Santander, estos grupos de gaitanistas van a encabezar levantamientos regionales y municipales, con tomas efímeras de los poderes locales. En el Tolima, los gaitanistas serán actores fundamentales en el desencadenamiento de la violencia.

En sus discursos, tanto Gaitán como Gómez plantean la distancia infranqueable que existe entre el país político y el país real. Para Gaitán, la distancia entre uno y otro reviste características dramáticas. El país político lo asimila a la oli-

garquía, a la cual define como "la concentración del poder total en un pequeño grupo que labora para sus propios intereses, a espaldas del resto de la humanidad". Para él, la oligarquía piensa únicamente en función de mecánica electoral.

El otro país es el pueblo, del cual Gaitán se considera parte. Ese pueblo piensa en función de "agricultura, de sanidad, de trabajo, de organización y de dignidad humana" (J. E. Gaitán, 1979: 162).

No hay intermediación entre estos dos sectores. Ambos líderes aluden a la presencia subrepticia de una división radical en la sociedad y ambos se refieren al enfrentamiento bipartidista como algo natural en la sociedad colombiana, como la oposición amigo-enemigo. Al respecto nos dice Pecaut, "al hacer de la relación amigo-enemigo el fundamento de lo político, ella crea las condiciones para que la misma relación invada lo social y circule por él sin obstáculos" (1987, T.I:24).

Cuando examinemos más adelante el universo veredal, veremos que esta misma relación de oposición está presente en los vínculos y valores del mundo campesino.

Para Laureano Gómez, liberales y conservadores son distintos y antagónicos en razón de su actitud frente a la religión. Gómez considera que las tendencias conciliadoras son fruto del cansancio y del escepticismo de espíritus poco observadores. En su óptica, cualquier alianza entre liberales y conservadores es imposible.

Considera a los liberales como pertenecientes a una "masa amorfa, informe y contradictoria", para decirlo con sus propias palabras. Encuentra una manera de caracterizarlos, utilizando la metáfora del basilisco: "Nuestro basilisco camina con pies de confusión y de inseguridad, con piernas de atropello y de violencia, con un inmenso estómago oligárquico, con pecho de ira, con brazos masónicos y una pequeña, diminuta cabeza comunista, pero que es la cabeza". Al terminar su descripción del Partido Liberal, asegura que no se trata de una elaboración mental.

La fuerza simbólica de lo que Gómez se negaba a considerar una elaboración mental es tan grande que genera una contraimagen que podríamos leer de la siguiente manera: el Partido Conservador sería, por contraposición, una figura nítida, con una forma definida, unívoca, caminaria con pies seguros y claros (es decir, sabría para dónde va), con piernas de respeto y paz (al caminar no se llevaría a nadie por delante), tendría un inmenso estómago popular, con pecho de mansedumbre, brazos católicos y una gran cabeza anticomunista.

Gaitán, con un lenguaje más moderado y unas metáforas procedentes de las leyes físicas, también alude a la polarización de la sociedad: "La existencia de las fuerzas contrapuestas de los partidos obedece a un proceso de razón y de lógica social tan profundo como la existencia de las fuerzas negativas y positivas en la electricidad".

Para él la polarización es opuesta, mas no completamente, y tiene "un origen tan cimentado y explicación tan honda para la existencia equilibrada de los pueblos como es honda y valdera la razón de las fuerzas encontradas del amor y el odio en el gran drama de la sicología afectiva de los hombres" (Op. cit., 1979: 192).

En medio del contrapunteo de imágenes de extrema polarización, transcurre la vida política en la capital antes e inmediatamente después del 9 de abril. ¿Hasta qué punto estas concepciones maniqueas de los dos influyentes líderes políticos pueden haber influido en la polarización de fuerzas a nivel rural? Es principalmente la radio, en menor grado la prensa y tardíamente la televisión las que van a servir de vehículo de transmisión de los discursos de ambos líderes a las veredas campesinas.

¿Qué sucede, entre tanto, a nivel regional en el Tolima?
¿Cómo se manifiesta esta polarización regionalmente?

Ante todo, es necesario localizar geográficamente el conflicto. Este se presenta de dos maneras: con la organización de

guerrillas liberales y de cuadrillas bandoleras bipartidistas. Ambos fenómenos están presentes en las vertientes orientales de la cordillera Central —con tendencia a concentrarse en la franja cafetera—, y en las vertientes occidentales de la cordillera Oriental. La zona plana y cálida del departamento, integrada por los municipios de vieja data, presenta escasos brotes de violencia. De tal forma que los dos fenómenos son de vertientes.

Estas vertientes no son culturalmente homogéneas y en ellas podemos distinguir varias subregiones: una primera, al noroccidente, integrada por los municipios de colonización antioqueña, es la que presenta mayor número de masacres, distribuidas entre 1949 y 1963. Está conformada por mayoría de municipios liberales, entre los cuales se encuentran Líbano, Lérída, Anzoátegui, Venadillo y Alvarado; en las elecciones de 1946 estos municipios tenían un porcentaje muy alto de gaitanistas. Los tres municipios conservadores son Herveo, Casabianca y Villahermosa, los cuales presentan colonización boyacense en el piso frío y cerca a los páramos. A éstos hay que adicionar otros dos municipios, Fresno y Anzoátegui, con mayoría de conservadores durante el Frente Nacional.

Aquí se hace necesario introducir un actor social que va a desempeñar un papel determinante en el desarrollo de La Violencia: la Policía chulavita. Esta es enviada desde Bogotá, pero reclutada en el norte de Boyacá, en zonas fieles al Partido Conservador. En forma de pequeños contingentes, es desplazada hasta el Tolima y el Valle, hacia aquellas regiones donde se han presentado disturbios por parte de grupos gaitanistas. Con la intermediación de los caciques y gamonales conservadores de los pueblos, los chulavitas llevan a cabo una serie de masacres, asesinando campesinos liberales y dando origen a lo que Guzmán, Fals Borda y Umaña Luna llaman la primera ola de violencia. En esta subregión surgen y proliferan gran cantidad de cuadrillas bandoleras liberales. Este enfrentamiento a muerte entre la Policía chulavita, en alianza con caciques conservadores, y campesinos gaitanistas y liberales, va a marcar la polarización política a nivel regional.

La segunda subregión, de población raizal, está conformada por los municipios de Ibagué, Cajamarca, Rovira, Roncesvalles, Valle de San Juan y San Luis. En las elecciones de 1946, Ibagué, Cajamarca y Valle presentan entre un treinta y un cincuenta por ciento de votos gaitanistas. Rovira muestra una distribución paritaria entre los dos partidos, con un escaso quince por ciento de gaitanistas muy combativos. Rovira presenta un índice muy alto de masacres, superando aun al Libano. Esta subregión es una zona de operaciones de la cuadrilla móvil de "Chispas".

La zona indígena del Tolima está conformada por los municipios de Coyaima, Natagaima, Ortega, Chaparral y parte de San Antonio. En ellas existe un predominio de cuadrillas conservadoras de raigambre veredal, integradas por indígenas. Allí se presenta una modalidad que también fue común en la provincia de García Rovira, en Santander: la incineración de ranchos y parcelas.

Tenemos, finalmente, la región oriental del Sumapaz y el suroeste del Tolima. En ambas subregiones se desarrollaron las guerrillas liberales y comunistas. En los municipios de Cunday, Villarrica e Icononzo hubo predominio de votación gaitanista durante las elecciones de 1946. Para los municipios del suroccidente, Ataco, Planadas y Rioblanco, no hay datos electorales. Ambas son zonas atrasadas y relativamente aisladas; no hay datos de masacres de población civil indefensa por parte de cuadrillas bandoleras bipartidistas.

Una mirada detallada a estas cuatro subregiones tolimeses permite constatar que el mayor número de masacres se presenta en aquellos municipios donde no hay un predominio claro de ninguno de los partidos, o donde hay un predominio de uno de ellos con minorías beligerantes del partido opositor. Las masacres serían, entonces, la expresión de la necesidad de establecer este predominio allí donde no existía, con la anuencia de las élites locales. Sin embargo, la explicación de éstas hay que buscarla a nivel veredal. La vereda es el microcosmos que entraremos a examinar en detalle a continuación.

¿Cuál era la realidad sentida por los campesinos respecto a su pertenencia partidista?

La pertenencia partidista se heredaba, junto con los apellidos de los padres. Se nacía liberal o conservador. Este sentido de pertenencia de los sectores agrarios precapitalistas, antes de la irrupción del capitalismo agrario, puede entenderse a la luz de dos conceptos: el de subcultura de Pecaut y el de comunidad de Weber.

En términos de Pecaut, los partidos políticos colombianos son subculturas que generan concepciones incompatibles del orden social. No pretendo entrar a precisar tal aseveración. Es inevitable, sin embargo, hacerse algunas preguntas al respecto. ¿Comparten, los campesinos liberales o conservadores, una misma visión del mundo? ¿Sus acciones obedecen a unos mismos objetivos? ¿Manejan unos mismos mitos fundadores y una misma simbolización de estos? Aunque estoy convencida de que la pertenencia partidista no penetra lo suficiente como para afectar niveles profundos de aprehensión de la realidad, en términos operativos, el concepto de Pecaut es útil.

Weber define comunidad como aquella en que la actitud social se funda en el sentimiento subjetivo de los participantes, en lo afectivo y en lo tradicional. A la luz de estos dos conceptos es posible pensar que los partidos políticos están contruidos sobre la base de lealtades primarias, relaciones de parentesco y memorias colectivas entretrejidas en siglo y medio de experiencias políticas similares.

Esta pertenencia partidista no sólo es familiar sino veredal. Al respecto, una mujer conservadora nos dice: "Nuestro pueblo estaba dividido en diez veredas, cinco liberales y cinco conservadoras. Nosotros éramos conservadores y los liberales eran los extraños, los que vivían al otro lado del pueblo, los 'cachiporros'. Eran la gente a la que uno le tenía miedo, eran la gente de allá. No es que fueran extraños porque uno sabía quiénes eran, pero eran gente mala. Si uno cruzaba al otro lado de la vereda, allá decían lo mismo de nosotros. Para ellos,

nosotros también éramos raros, éramos matones. Las veredas nos separaban. Los liberales no se juntaban con los conservadores y eso era lo que nos dividía. Se vive en paz donde no hay revoltura, las matanzas son en los pueblos revueltos. Hay mucha zozobra cuando se está revuelto”.

La anterior aseveración pone de relieve las enormes dificultades que estas veredas contrarias tenían para convivir y el estado de continua zozobra que esta convivencia suscitaba. Eran mundos paralelos que no se tocaban, manteniendo su polaridad y sus mutuas aprehensiones con base en los chismes y en los rumores, heredados de padres a hijos. Los espacios de sociabilidad como bares, cantinas y prostíbulos eran escenarios de contactos no exentos de tensión. Allí, al calor de unos tragos, lo que comenzaba como tímida tertulia terminaba como abierta trifulca que la mayoría de las veces dejaba heridos y hasta muertos.

Desde la crianza temprana, la socialización campesina prepara un terreno propicio donde la agresividad se mantiene latente, a la expectativa de ofensas o provocaciones que la disparan. Los espacios de sociabilidad masculinos eran los escenarios donde esto ocurría. Las heridas y las muertes acrecentaban las distancias, ya de sí notables, entre liberales y conservadores, legitimando el estado de permanente belicosidad.

En los sectores rurales, donde imperaban el analfabetismo, la ausencia de creencias compartidas o de verdades doctrinarias, era ocupado por los símbolos que identificaban a cada comunidad política. La persecución partidista se ensañaba en la destrucción de los símbolos del adversario. Ponerse un pañuelo rojo en el cuello, como solían hacerlo los liberales (de allí el nombre de “collarejos”), era un reto al que muchas veces los conservadores respondían con insultos, heridas y aun la muerte.

Estos encuentros entre contrarios se daban por intermedio de comportamientos estereotipados. Los “vivas” y los “abajos”, pronunciados generalmente bajo los efectos del alcohol en los

bares y cantinas, antes y después de las masacres o en corrillo durante los días de elecciones, ponen en evidencia la necesidad que tenían los campesinos, en determinadas circunstancias, de establecer públicamente su pertenencia a un determinado partido.

Para el campesino, el hecho de gritar "viva el Partido Liberal" o de ponerse un pañuelo rojo en el cuello, establece una relación sustancial entre el partido y él. No hay una distinción entre la organización abstracta y el símbolo que la representa: el viva y el pañuelo rojo son el Partido Liberal. Los vivas pronunciados por los conservadores nos indican que para éstos los símbolos partidistas y religiosos son la misma cosa:

"Viva San Juan y San Pedro, viva el Partido Conservador"

"Viva Cristo Rey, ateos malnacidos"

"Viva Cristo Rey, viva el Partido Conservador"

Hemos visto cómo en la constitución del sujeto político, entran en juego la tradición, el parentesco y otro tipo de vínculos que no son voluntarios como el clientelismo y la pertenencia veredal. Hasta allí, el individuo no escoge su pertenencia, ésta le es dada. Pero hay un factor que alterará esta vinculación involuntaria y éste lo constituyen los muertos. A partir de la muerte violenta de los parientes y allegados en manos de los enemigos políticos, esta relación del campesino con su pertenencia partidista y con su enemigo se convierte en algo que reclama su concurso personal: la venganza de la sangre.

Bandoleros como "Chispas", "Sangrenegra" y "Desquite", por no mencionar sino los más conocidos, llevan a cabo las masacres impulsados por la sed de venganza contra los chulavitas, inicialmente, pero después contra cualquier cosa o persona que ellos identifiquen con el Partido Conservador. Esta necesidad de "hacerle aseo al mal", como decía Arsenio Borja, bandolero liberal del Tolima, los lleva a confundir Conservatorio con Conservador, como ocurrió en la masacre de los miembros del Conservatorio de Manizales, sacrificados por bandoleros liberales en el Alto de la Línea.

La sustitución sacrificial, en el caso de no poder vengar directamente la muerte de un pariente, liquidando al autor material, los llevó a escoger copartidarios, familiares y aun los animales, la casa o las cosechas de aquél a quien se deseaba matar. Esta sustitución, clara para aquellos que llevan a cabo la matanza, no siempre es comprensible para aquellas personas que no están al tanto de ciertos pormenores. Como decía un campesino: " Las cosas van pasando de unos a otros, de los taitas a los hijos y eso ya no para. Uno ve que un día matan a uno y nadie sabe el porqué. Pero uno, que ya ha vivido, sabe que Fulano tenía rencillas con Sutano, que este mató a un hermano de aquél hace veinte años, y esas venganzas quedan allí y de pronto salen. Por eso yo digo que la guerra no se ha acabado, es un animal que está vivo" (Citado por Molano, 1985: 125).

La venganza de la sangre forma parte del tejido social de lealtades primarias que sustentan la identificación de los campesinos con su partido político, en el contexto de la sociedad campesina durante la época de La Violencia. Esta fue algo extremadamente complejo, con procedimientos cargados de simbolismo y significaciones difíciles de desentrañar. Con respecto a las masacres de la década de los ochenta, hay un cambio sustancial en lo que se refiere a la forma de matar y a la relación de los victimarios con el cadáver de la víctima. La explicación parcial de este cambio puede residir en las diferentes concepciones del cuerpo en ambos momentos. No es lo mismo matar un cuerpo que se concibe en un sentido moderno, con nociones de anatomía y fisiología modernas, que liquidar un cuerpo que es concebido como un agregado de partes procedentes del cerdo y la gallina. Tal es el caso del sistema campesino de clasificación corporal.

La terminología que el campesino utiliza para nombrar las diferentes partes del cuerpo tiene varios orígenes. En primer lugar, muchas palabras y conceptos provienen de un contexto económico como lo son la cacería y la carnicería o la forma de despresar los animales. Otro contexto del cual provienen algunos términos es el de la muerte. Finalmente, hay palabras

que surgen de las prácticas y de las creencias acerca de la enfermedad y la salud.

Si relacionamos este sistema de clasificación corporal con los procedimientos de desmembramiento y mutilación a que son sometidos los cuerpos en el proceso de las masacres, nos llama la atención el insignificante papel que desempeña el corazón en estos rituales de muerte. No hay un solo corte que afecte directamente este órgano vital. Los cortes nos dan a entender que es la cabeza la parte del cuerpo que más preocupa a los cuadrilleros y hacia la cual dirigen sus esfuerzos. Lo mismo sucede con la zona del cuello, considerada por los campesinos como la parte más vulnerable del cuerpo. Los tiros de los sicarios actuales se dirigen siempre a la zona del tórax, lo que pone en evidencia nociones modernas de anatomía.

Para terminar, quisiera retomar el concepto de subcultura de Pecaut. A la luz de los fenómenos que acabamos de analizar, resulta evidente que el componente partidista no penetra lo suficiente como para que podamos considerarlo un fenómeno estructural. Los campesinos, tanto liberales como conservadores, matan de la misma manera, proceden de igual forma con los cadáveres, nombran las diferentes partes del cuerpo con los mismos términos y santifican de igual forma a los criminales. A ese nivel, el bipartidismo no existe. Su papel es similar al de la máscara, cubrir el verdadero rostro.

LITERATURA CONSULTADA

- BURKERT, Walter, GIRARD, Rene & Smith (1987). *Violent origins: Ritual killing and cultural formation*. Stanford University Press, California.
- DAVIS, Natalie (1975). *Les cultures du peuple. Rituels, savoirs et résistances au 16e siècle*. Aubier Montaigne, Paris.
- DOUGLAS, Mary (1973). *Pureza y peligro: Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Siglo XXI Editores, Madrid.
- ELLEN, Roy F. (1977). "The semiotics of the body". En *Anthropology of the body*, John Blacking, Ed., pp. 343-373. Academic Press, Inc., London.
- GAITÁN, Jorge Eliécer (1979). *Obras Selectas*. Tomos V y VI. Colección Pensadores Políticos Colombianos: Cámara de Representantes, Imprenta Nacional, Bogotá.
- GONZÁLEZ, Fernán (1989). "Aproximación a la configuración política de Colombia". *Controversia*. Un país en construcción, Vol II, No 153-154. CINEP, Bogotá.
1989. "Reflexiones sobre las relaciones entre identidad nacional, bipartidismo e Iglesia católica". *Ponencia presentada al V Congreso Nacional de Antropología*, Villa de Leyva.
- GUTIÉRREZ DE PINEDA, Virginia (1988). *Honor, familia y sociedad en la estructura patriarcal*. Centro Editorial Universidad Nacional, Bogotá.
- GUERRA, Francois-Xavier (1982). "Lugares, formas y ritmos de la política moderna". *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Tomo LXXII, No. 285 (enero-mayo), Caracas.
- HOBBSAWM, Eric (1983). *Rebeldes primitivos*. Editorial Ariel, Barcelona.
- KERTZER, David (1988). *Ritual, politics and power*. Yale University Press, New Haven & London.

- MOLANO, Alfredo (1985). *Los años del tropel. Relatos de La Violencia*. Serie Histórica Contemporánea No. 2, Fondo Editorial CEREC-CINEP, Bogotá.
- PECAUT, Daniel. (1987). *Orden y Violencia, Colombia 1930-1954*. 2 vols. Siglo XXI Editores, Bogotá.
- PÉREZ, Hesper Eduardo (1989). *Proceso del bipartidismo colombiano y Frente Nacional*. Centro Editorial Universidad Nacional, Bogotá.
- WEBER, Max (1964). *Economía y Sociedad*. Fondo de Cultura Económica, México.